

El inalcanzable león

Mariana Bernárdez

antes y después del Hubble



RELAMPAGUEA MIENTRAS ESTO ESCRIBO, la fuerza del sonido afina la certeza de la belleza de lo efímero; sorprende así, ese inigualable arrebatado donde la *flor de un día*¹ cumple su tiempo y el aliento escapa del cuerpo confirmando el impensable abrazo reiterado de los siglos.

Los objetos atestiguan que alguna vez tuvieron dueño, centinelas mudos que por descuido recibieron una caricia o guardaron algún secreto más allá de sus límites, ahora signos de ofrenda funeraria, *las queridas cosas*² no logran evitar el destino del alma. Memorable la alegoría del carro alado del *Fedro*³ cuando el auriga, entre dos fuerzas contrarias, busca esquivar el inevitable caer, ¿hacia dónde? Misterio.

Quizá, entonces, ante el umbral del enigma, sea posible creer que la mano de Agamenón se detuvo, y que se arrodilló ante la puerta de los leones, y que los dioses fueron benévolos y saciaron su hambre con ambrosía, aunque de este gesto no haya mácula alguna como tampoco del caer de Babel.

Nada queda, y a la par, el mundo es signo de su paso, la aridez de la orilla a veces ahonda en lo sublime de la expresión del dentro, y la música de la noche es sólo el lado sombrío de una luna que en su palidez habita la ensoñación cotidiana. Sequedad del vacío, porque lo indudable es la palabra brotando añico cuando trata de afirmar la experiencia del desierto o el peregrinaje a Jerusalén... La mirada todo lo distorsiona: el jinete y el caballo, la alforza y la aldaba, la muralla y el muro de la lamentación, el minarete y la huella de Mahoma, ¿será

por el *cacimbo*? Son tales las temperaturas que emergen de las arenas figuras danzantes..., los nombres de Dios inscritos en el viento que caracolea por las dunas borrando a su paso su propio trazo.

La locura es la primera puerta del desierto, salvo para quienes hayan crecido en su enjambre y hayan cazado leones en su ribera. Diótima pertenecía al clan, le fue dado atender la dolencia amorosa de Sócrates. Sólo sabemos de ella lo mismo que de Aquiles, poseían una naturaleza felina, trasiego de dos mundos paralelos manifestado en el silencio de las pinturas dejadas en las cuevas, como si sus líneas fueran las coordenadas de un sentido más sutil de existencia: rastro antiguo cuya verdad sólo aparece en la expresión altísima del silencio.

Anverso de la historia, el dorso de lo escrito, lo otro, la negatividad del lenguaje⁴ que rezuma un vericuetos poco andado y que erige la sospecha como quemadura insólita. Se toma por cierto que el lenguaje del ser sólo ha de predicar del ser, cuando la sombra acusa lo contrario, emerge la articulación de la sílaba desde la paradoja y el límite, ¿de qué otra forma abrir el horizonte si no desde su imposibilidad? ¿Acaso el río y su presencia no son cercados en la sentencia de Heráclito, el oscuro “cambiando reposa”? ¿Emerge entonces el lenguaje de su inconmensurable negación?

Llueve y queda en su brevedad el camino de la luz en el cielo. Arrebujada en el sillón pienso en la vía negativa de los éxtasis secos, ¿habré comprendido el alcance de la negación?, ¿se romperá la relación de lenguaje y mundo?, ¿es necesaria la fractura para recomenzar?, y así mientras desgrano mi pensamiento, lo inalcanzable ocurre: un león se adentra en el blanco del papel y escribe esto que leo. ■■■

¹ Hago referencia al poema de Miguel Hernández “El sol, la rosa y el niño”, de *Cancionero y romancero de ausencias* (<http://bit.ly/1mOj5Ng>, 29 de abril del 2014).

² Aludo al libro de Raúl Renán, *De las queridas cosas*. México, Premio, 1982.

³ Platón, “Fedro”, en *Diálogos*, México, Ed. Porrúa. Sepan Cuantos, 1979.

⁴ Sobre el tema véase Luis Villoro, *La significación del silencio*. México, UAM-Azcapotzalco y Ed. Verde-Halago, 1996.